

compañías de los batallones de la Guardia. Estos debieron ascender en la Vieja Guardia á diez y ocho, á ocho en la Media y á cincuenta y dos en la Joven. Con hombres escogidos entre todo el ejército se debía completar la Vieja Guardia; con conscritos la Media y la Joven sin descuidar la eleccion de los mejores. Si se ejecutaban estas combinaciones diversas, no suministrarían menos de ochenta mil infantes; y con la caballería, la artillería, los parques y los ingenieros, no creía Napoleon quedarse por bajo de cien mil hombres. Plenamente autorizó á Drouot á fin de comprar caballos, de construir cureñas para la artillería, de crear en París y en Metz talleres de vestuarios, no sin recomendarle que lo hiciera y pagara todo, sin acudir al ministro de la Guerra, pues del tesorero particular de Napoleon recibiría los fondos que le hicieran falta.

Con doscientos mil hombres del ejército de línea, con cien mil hombres de la Guardia Imperial no desesperaba Napoleon de arrojar de nuestro territorio á los ejércitos de la coalicion que osaran invadirlo. Por lo que hizo con ochenta mil hombres se calculará en breve si esta esperanza se resentía de jactanciosa.

Luego hubo de atender Napoleon á Italia y á España. Junto al Adige se encontraba el príncipe Eugenio al frente de unos cuarenta mil hombres, haciéndose respetar del enemigo y muy en via de mantenerse á pesar de las tentativas de desembarco de los ingleses, si Murat limitaba su infidelidad á la inaccion. No queriendo aumentar el número de italianos en el ejército del príncipe Eugenio, ni dar á Italia nuevos motivos de disgusto, se abs-

tuvo allí Napoleon de conscripciones, y abrazó el partido de enviar una masa bastante de conscritos de Francia. Ya habia destinado al príncipe Eugenio hasta veinte y ocho mil reclutas de los alistamientos votados en octubre, y añadióle treinta mil de los que se debían sacar de las antiguas clases. Los mandó elegir en el Franco-Condado, en el Delfinado y en Provenza, á fin de que tuviesen que atravesar menos distancias. Con los abundantes recursos de Italia debíalos vestir el príncipe Eugenio, é introduciéndolos despues en los cuadros de su ejército le aumentarían para el mes de abril hasta el número de cien mil combatientes. Aqui como donde quiera la cuestion estribaba del todo en el tiempo que trascurriera hasta la ruptura de las hostilidades.

Finalmente, aun despues de renunciar á España, no podia Napoleon prescindir de fijarse en los Pirineos, amenazados por los españoles, los portugueses y los ingleses, todos los cuales pregonaban la esperanza de vengar la invasion de España con la de Francia. Veinte regimientos contaba cada uno de los ejércitos fiados á los mariscales Souchet y Sault denominado de Aragon el del primero, y de España el del segundo, y tenían sus depósitos entre Nimes, Montpellier, Perpiñan, Carcasona, Tolosa y Burdeos. Napoleon dispuso que cada uno de estos dos ejércitos destacara un cuadro de batallon por regimiento, operacion fácil á causa de la disminucion de efectivo que habían experimentado, y que enviaran estos cuadros á Montpellier, Nimes, Burdeos y Tolosa, donde ya estarían juntos sesenta mil conscritos de las antiguas clases. Al recibir cada uno de estos cuarenta batallones



mil quinientos reclutas, enviaria quinientos á los ejércitos de Aragon y de España, lo cual aumentaria su fuerza en veinte mil hombres, y permitiria conservar á lo largo de los Pirineos una reserva de cuarenta mil soldados para hacer cara á todos los acontecimientos.

Con los diversos recursos allegados sobre las fronteras de Bélgica, del Rhin, de los Pirineos y de Italia, no desesperaba Napoleon de triunfar de los inmensos peligros de su situacion, persistiendo siempre en contar con un respiro de cuatro meses. Pero la disposicion á obedecer sus leyes relativas al reclutamiento se aminoraba de dia en dia, y no auguraban cambiar tan regulada flojedad en patriotismo ardiente, ni las alharacas de los periódicos asalariados por el gobierno, ni el silencio absoluto del senado. Ingeniándose para hacer menos sensibles á la poblacion los sacrificios exigidos, recomendó acabar ante todo el alistamiento sobre las tres últimas clases de 1813, 1812, 1811, sin subir á más por de pronto. Este primer alistamiento debia suministrar de ciento cuarenta á ciento cincuenta mil hombres. Solo despues de terminarlo se recurriria á las clases más antiguas, sin incluir á los casados, ni á los poco aptos para el servicio, ni á los indispensables para sus familias. Por igual motivo quiso que se dirigiera en primer lugar á las provincias amenazadas de invasion, como las Landas, Languedoc, el Franco-Condado, la Alsacia, la Lorena, la Champaña, provincias donde reinaba mejor espíritu y se presentaba el peligro mas de bulto. Asimismo con espíritu de contemplacion dispuso retardar el alistamiento de 1815 que, sin proporcionar más que soldados

jóvenes con exceso, añadiría un padecimiento más á los muchos y graves que pesaban ya sobre Francia. Si la paz no ponía término pronto á esta guerra, se haría la conscripcion de 1815 á fines de año.

No bastaba con levantar hombres, necesidad habia de equiparlos, de armarlos, de proveerlos de caballos de silla y de tiro. Napoleon creó talleres extraordinarios en París, Burdeos, Tolosa, Montpeiller, Lion, Metz, etc., á fin de que allí se hicieran uniformes y ropa blanca con paños y lienzos, que se compraban ó adquirian por requisiciones y pagando al contado. Aunque difícil de suyo todavía presentaba ménos obstáculos el equipo que la remonta. Sin embargo, Francia se hallaba menos agotada que Alemania en caballos de silla, y aún tenia bastante número y de calidad excelente. Nada dejaban que desear los caballos de tiro para la artillería y los equipages. Se habian comprado cinco mil entonces, y Napoleon hizo que se compraran otros tantos, y que por requisicion se sacaran diez mil más, pagándolos al punto. Para una guerra en lo interior, con los caballos que aun quedaban y con estos veinte mil habia de sobra. Mas escasos andaban los caballos de silla. Drouot hubo de buscarlos para la Guardia; y se remitieron fondos á todos los regimientos para comprar todos los que á su alrededor pudieran haber á la mano.

Pólvora habia, y plomo, y hierro de todas clases, y armas blancas y cañones; pero se carecia de fusiles, y esta fué una de las principales causas de nuestra ruina. En los tiempos de su prosperidad habia Napoleon impulsado la fabricacion hasta un millon de ellos. Pero la campaña de Rusia, en la que mas de quinientos mil se quedaron hun-



didos bajo las nieves, la de Alemania, donde habíamos perdido doscientos mil de fijo, y las plazas extranjeras donde se dejaron porcion de armas francesas, ya tenían agotados nuestros arsenales. De más difícil creacion eran los talleres para la fabricacion de fusiles que para el equipo y los arneses; y sin embargo nada se habia hecho con proporcionarse hombres, si luego no se lograba armarlos. Cosa extraña y que caracterizaba perfectamente aquella politica tan lanzada á la conquista, y tan olvidada de la defensa; á Francia amenazada le costaba más hallar trescientos mil fusiles que trescientos mil hombres para empuñarlos.

De las provincias dedicadas mas especialmente á las diversas industrias de herreria se sacaron obreros, y juntándolos en París ó en Versalles, se erigieron talleres para la reparacion y fabricacion de armas de fuego. En las grandes plazas de segunda linea se obró de igual modo. A otro arbitrio se apeló con el fin de proporcionarse fusiles, y se redujo á desarmar á los regimientos extranjeros, ya todos sospechosos con excepcion de los suizos y de los polacos. Desarmados fueron el mismo dia y en diversos puntos los holandeses, los croatas, los anséatas y los alemanes, y desmontados los pertenecientes á la caballeria. Esta medida produjo algunos miles de fusiles y algunos centenares de caballos. Seguidamente se vaciaron los arsenales de la marina, y así y todo á tal extremo rayaba en Napoleon la tenacidad del espíritu de conquista que no temió embarcar en Tolon para Ginebra diez mil fusiles destinados á Italia cuando no estaba seguro de tener para la defensa de París los bastantes.

Interin se esforzaba por restablecer sus recursos con tales prodigios de actividad administrativa, tambien pensó en proporcionarse algunos á beneficio de una politica prudente, aunque tardía por desgracia. A Francfort envió al general Delort para tratar de la rendicion de las fortalezas del Vistula y del Oder con los generales enemigos, bajo condicion de la inmediata vuelta de las guarniciones á Francia con armas y bagajes. Si esta condicion era aceptada, al punto el general Delort haria aberturas acerca de las guarniciones mucho más importantes de Hamburgo, de Magdeburgo, de Wittenberg, de Erfurt, etc. Tal ajuste hiciera venir á cien mil soldados de superior calidad, si bien proporcionara igual número á los aliados, poniendo término al bloqueo de las plazas; pero á la par que nos restituyera soldados excelentes, no los allegara el enemigo mas que medianos; y fuera de esto, en nuestro actual estado de penuria, cien mil hombres nos importaban mas que á la coalicion el doble. Desgraciadamente esta razon obvia, que habia provocado la violacion de la capitulacion de Dresde, nos dejaba poca esperanza de salir airosos de una negociacion de tal clase.

Otro recurso quedaba aún de mayor porte, el que ofrecieran los ejércitos de España, á ser posible su traslacion al Rhin desde los Pirineos. Aun prescindiendo del número, todo brillaba allí por excelente é incomparable; ninguna tropa valia lo que los regimientos del mariscal Suchet y los del mariscal Soult en Europa. Verdad es que estos últimos, reliquias de muchos ejércitos siempre desgraciados, se hallaban muy á mal con el servicio; mas, teniendo que defender el Rhin y militando á



las órdenes directas de Napoleon, de seguro su desazon se convirtiera en celo ardiente. Poca temeridad hay en asegurar que, si los ochenta mil hombres existentes á la sazón bajo el mando del mariscal Suchet y del mariscal Soult se hallaran entre el Rhin y París, nunca se aproximarán á los muros de nuestra capital los aliados. Para conducirlos á aquel punto se necesitara celebrar la paz con los españoles; pero esta paz que tenia apariencias de facilísima en restituyéndoles su rey y su territorio, quizá era mas árdua que la que se pensaba negociar en Manheim. Con efecto, no bastaba que Napoleon renunciase á España y á volver á pasar los Pirineos para que España renunciara á Napoleon y para que consintiera en no pasar estos montes en union de los ingleses y de los portugueses. Harto liviano seria á la verdad el castigo de los errores, si bastara no persistir en ellos para anular sus consecuencias.

Segun hemos dicho ya hacia al rededor de dos años que Napoleon habia resuelto abandonar la España, aunque sin revelar á nadie su secreto, que ha dejado sobradas huellas en nuestros archivos para que lo pueda aseverar la historia. Sin embargo, con un carácter como el suyo no habia posibilidad de que hiciera lisamente el sacrificio de una conquista, y así el año anterior lisonjeóse aun de conservar las provincias del Ebro. Al cabo tambien este último sueño se habia desvanecido, y estaba determinado á restituir pura y simplemente á Fernando VII la España, con tal de que este príncipe firmara la paz y la hiciera admitir á su pueblo. Fáciles son de concebir las condiciones del tratado. Ante todo se daría libertad á Fernando VII

y á los príncipes detenidos en Valanzey á su lado, y además se devolverían los prisioneros de guerra y las plazas fuertes. En cambio se retirarían á lo interior los ejércitos españoles y exigirían que les siguieran las tropas inglesas. Al parecer tras de estas satisfacciones reciprocas nada se tenian que pedir Francia y España. Pero funestas circunstancias complicaban esta situacion en apariencia tan sencilla. A vengarse y á talar á su vez la Francia aspiraban los españoles; y despues de contribuir poderosamente á su libertad los ingleses no eran hombres para acomodarse á ser despedidos de cualquier modo, ni á retroceder de los Pirineos mediante una intimacion emanada de Madrid ó de Cádiz. Además ligaba á España é Inglaterra el empeño contraido en la condicion de no tratar una sin otra. Por último, á la sazón ejercitaban el poder real las Córtes, y no tenian prisa de resignar su omnipotencia á los pies de Fernando VII, ni tampoco deseaban tanto su vuelta como él y la España; y de todos modos no le querian devolver su cetro sino á condicion de que jurara la Constitucion de Cádiz. Por estas diversas causas podia muy bien acontecer que ni los ingleses ni los representantes de España consintieran en ratificar un ajuste firmado en Valanzey, para recuperar á Fernando VII, lo cual les apremiaba poco. Tambien cabia, que suelto Fernando, no se cuidara del tratado á que debiese su libertad, y dijera que nada os obliga respecto de quien os ha engañado, y se armara así con una razon alegada en otros dias por Francisco I, no condenada por los doctores de derecho público de ningun modo, y segun la cual no liga el compromiso que se contrae bajo el cau-



tiverio. Tal habia sido la conducta seguida el año de 1808 con la familia real de España, que nadie en Europa, ni aun en Francia, se atreviera á censurar al prisionero de Valanzey. Napoleon, este leon arrogante, solo pareciera en esta coyuntura una zorra cogida en la trampa.

Si por el contrario, de resultas de una desconfianza naturalísima detenía allí Napoleon á Fernando VII hasta que el tratado convenido por ambos se llevara á Cádiz y se admitiera por la regencia, también podía ocurrir, que con ayuda de los ingleses y de las Cortes, se desechara el tratado, juzgándolo nulo como celebrado bajo cautiverio, y que se dilatará su aceptación hasta la vuelta de este príncipe á España. Así Fernando VII viviría en prision mas largos dias; pero ni á los ingleses, ni á los liberales españoles se les daba mucho de su cautividad prolongada.

En la alternativa de ver desatendido el tratado por Fernando VII ó por los que ejercían la autoridad soberana durante su ausencia, lo mas seguro fuera enviar simplemente al monarca español á sus Estados. A lo menos existía la probabilidad de su fidelidad á su palabra, de la cual su extremada devoción ofrecía alguna garantía, á la par que remitiendo el tratado sin su persona, casi había la certidumbre de que sería desechado por los españoles y los ingleses, muy impacientes unos y otros por invadir el Mediodía de Francia. Mr. de Caulaincourt era de dictámen de correr el riesgo de la confianza. No fiando Napoleon ni lo mas mínimo de Fernando VII y teniendo sus razones para disculpar de este modo, apeló al medio término de celebrar con este príncipe un tratado, á fin de que lo

llevara secretamente á España un hombre seguro y capaz de despertar en los antiguos servidores de la dinastía el deseo de ver su vuelta, usando además para persuadirles el argumento de la restitución inmediata de las plazas fuertes españolas. Como acaece á menudo entre aliados que hacen de mancomun la guerra, los ingleses y los españoles se hallaban desazonados unos de otros, y probable era que á los españoles no les viniese mal la coyuntura de decir á los ingleses que ya no les hacían falta, en cuyo caso estos, privados del concurso de las tropas españolas y careciendo ya de retirada segura por entre los Pirineos, no osarian permanecer sobre la frontera francesa.

A tenor de estas máximas combinó al fin Napoleon su manera de proceder respecto de Fernando VII. De seguida dispuso que Mr. de Laforest, embajador en Madrid por largo tiempo, se encaminara á Valanzey bajo supuesto nombre, se avisara muy en sigilo con los príncipes españoles, y les propusiera las condiciones de paz siguientes.—Evacuación recíproca de los territorios, vuelta de Fernando VII á Madrid, devolución de los prisioneros, retirada de los ingleses.—A esto añadía Napoleon diversas condiciones particulares, que le honraban mucho y eran no menos importantes para España que para nosotros. La primera consistía en estipular que Fernando VII pasaria á Carlos IV la pensión á que José se había obligado, no satisfecha con puntualidad hasta entonces: la segunda que concedería amnistía completa á los españoles que se habían adherido á Francia: la tercera que España conservaría, no solo su territorio continental actualmente restituido, sino también su ter-



ritorio colonial, y que no cederia ninguna de sus colonias á la Gran Bretaña. Nada habia en estas condiciones á que se pudiera negar Fernando VII como hijo, como rey y como español. Otra postrema cláusula quedaba de enunciacion mas dificultosa, aunque por verse al fin libre era muy capaz de acogerla, y estribaba en contraer matrimonio con la hija de José Bonaparte. Mr. de Laforest se debia manifestar mas reservado acerca de esta especie, si bien tenia orden terminante de formularla despues de las otras, cuando llegara la ocasion de decirlo todo. Luego que se concluyera y firmara este tratado, un personaje elegido de acuerdo con los principes españoles y de confianza, iria á llevarlo á la regencia muy de secreto, para no dar lugar á que estorbaran su ratificacion los gefes del partido liberal ni los ingleses. Alcanzada la ratificacion, Fernando VII, acompañado de su hermano don Carlos y de su tio don Antonio, prisioneros tambien en Valanzey, dejaria la Francia para volver á subir al trono de España.

Mientras Mr. de Laforest se ponía en camino á fin de no perder tiempo, Napoleon hizo venir de Lons-le-Saulnier, donde estaba bajo vigilancia al duque de San Carlos, personaje de viso y uno de los familiares de Fernando VII en otros dias; y recibéndole de la manera mas amistosa y hablándole á la larga, al cabo logró persuadirle y le instó á marchar sin demora á Valanzey para apoyar á Mr. de Laforest, que tropezaba en dificultades no previstas. ¡Tan seguidos de castigos de todas clases, asi grandes como pequeños, debia ser el criminal asunto de España!

A la aparicion de Mr. de Laforest en Valanzey

manifestóse Fernando VII extremadamente sorprendido. Prisionero ya hacia seis años con su hermano y su tio, casi habia vivido este principe en una ignorancia absoluta de los acontecimientos de Europa; mas sin embargo, por algunos periódicos franceses, cuya lectura le era permitida, pudo ver que se prolongaba indefinidamente la guerra de España; que sus súbditos se defendian sin aliojar de su teson vigoroso; que tampoco la Europa estaba sometida, puesto que la guerra era incesante; y tenia sobrada sagacidad para deducir que su causa no estaba perdida ni con mucho. Además se sospechaba que el párroco de Valanzey, encargado de decirle misa y de confesarle, no omitia enterarle de lo que le interesaba tener sabido, y que le habia dado á conocer la gravedad de los sucesos de 1812 y de 1813. Asi las comunicaciones de Mr. de Laforest no le podian coger de cabal sorpresa; mas la desgracia y el cautiverio habian desarrollado singularmente en este principe sus dos naturales y características inclinaciones de la desconfianza y el disimulo. Toda su inteligencia, y no tenia poca, la aplicaba á mirar en su rededor y á investigar si se trataba de causarle daño, á guardar silencio, á no hacer nada, de miedo de enconar la voluntad malévola, á cuya merced estaba años y años. Disimular y hasta engañar le parecian defensas legítimas contra la opresion á que estaba sujeto, y á la verdad que la política que le habia llevado de Madrid á Valanzey le daba gran derecho para obrar de este modo. A tal extremo habia llegado en su corazon la desconfianza, que recelaba hasta de sus mas fieles servidores, de los mismos aprisionados en territorio francés por su causa, y siempre se



inclinaba á mirarlos como secretos cómplices de Napoleon. Fuera de esto no se tenia por muy sin ventura. Confesarse, vivir con regalo, pasearse, no correr peligro ninguno, le formaban cierta especie de bienestar á que se habia acostumbrado. Su alma sin arranque se plegaba debajo de la opresion de esta suerte, mas al plegarse se sumergia hondamente en si misma, y cuando se aspiraba á hacerla salir resistialo tenazmente, á semejanza de un animal tímido á la par que feroz y á quien no lo gran sacar de su guarida los mayores halagos. A pesar de la mayor viveza no se mostraba su hermano don Carlos mas expansivo: su tio don Antonio era estúpido ó punto menos.

Cuando Mr. de Laforest llegó de improviso á participar á Fernando VII que Napoleon pensaba en restituírle la libertad y el trono, su primera idea fué que se le inducia á engaño y que bajo esta insinuacion se ocultaba alguna perfidia. Las causas alegadas por Mr. de Laforest, para evitar una revelacion harto clara de nuestros infortunios y reducidas á manifestar que Napoleon obraba así para arrancar la España á los ingleses y á los anarquistas, no eran de índole propia á enjendrar una ilusion grande, y Fernando procuraba inquirir qué trama tenebrosa se podia esconder bajo proposicion tan inesperada. En la primera entrevista escuchó mucho, habló poco y limitóse á decir, que privado de toda comunicacion con el mundo, lo ignoraba todo; que por consiguiente no se hallaba en estado de formar opinion sobre nada; que estaba allí bajo la omnipotente mano de Napoleon; que se encontraba á gusto; que no aspiraba á salir de su retiro, y que siempre conservaria gratitud al recordar los

miramientos con que era tratado. ¡Véase adonde lleva la opresion á los seres avasallados á su imperio! ¡Napoleon estaba en el caso de no poder conseguir que Fernando VII aceptara la libertad ni el trono, á la hora en que tanto le interesaba restituírle las dos cosas! Alcanzándose desde luego á Mr. de Laforest que convenia dar lugar á la tranquilidad y á la reflexion de alma tan desconfiada y adusta, se despidió con ánimo de volver al dia siguiente.

Despues de platicar Fernando VII con su hermano y su tio, y especialmente consigo propio, comprendió que Napoleon debia estar en muy grande apuro, y que saltaba á los ojos la sinceridad de la oferta de restituírle el trono. Pero antes de dar oídos á una proposicion que se presentaba á luz tan halagüeña, queria saber si se trataba de tenderle ocultos lazos para arrancarle compromisos peligrosos ó desdorantes. Por otra parte, desprovisto en Valanzey de toda autoridad sobre España, temia y con razon de sobra, no poder cumplir los empeños, á cuyo pié se le obligara á estampar la firma. De consiguiente determinó mostrarse mas franco y tomar una actitud algo mas de monarca, sin dejar de seguir extremadamente circunspecto.

Al visitarle Mr. de Laforest á otro dia le halló en actitud mas apropiada á su carácter régio, sentado entre su hermano y su tio, como señor gerárquico de ambos, y presentándose y hablando á lo príncipe en suma. No disimuló que empezaba á tener por formal la proposicion que le era dirigida, ni que adivinaba la verdadera causa de ella; pero afectó que privado como estaba de consejeros, no



podía tomar ningun partido, y especialmente que carecía de autoridad en un todo, no sabiendo si lo que firmara en Valanzey seria admitido y ejecutado en Madrid. Sin embargo, fácil era de penetrar que no queria romper estos parlamentos, ni cerrar detrás de sí la puerta de su prision, ya casi de par en par ante sus ojos. Visiblemente su ansiedad rayaba en el mas alto grado. Habiéndole ofrecido Mr. de Laforest recibir á su preceptor antiguo, el canónigo Escolizquiz, retenido bajo vigilancia en Bourges, á su secretario íntimo Macanáz, retenido bajo vigilancia en Paris, al ilustre Palafox, prisionero en Vincennes, y por último, al duque de San Carlos internado en Lons-le-Saulnier, le pareció que ninguna de estas personas le infundia confianza. No semejaba sino que solo con nombrarlos se les habia perdido en su mente.

Siguieron las conferencias, y concluyendo por obrar en el espíritu de Fernando VII la notoria buena fé de Mr. de Laforest y la palpable sinceridad de las proposiciones de que era portador, y ejerciendo particularmente el deseo de recuperar la libertad su influencia, se tranquilizó poco á poco, y se puso á discurrir sobre cuanto se le proponia con gran seso. Finalmente, la llegada del duque de San Carlos que, habiendo visto y oido á Napoleon, podía avalorar la sinceridad de sus intenciones, acabó de vencer los recelos del cautivo de Valanzey. Tambien el mismo duque de San Carlos tuvo que superar un instante de desconfianza cerca de su soberano; mas pronto logró que le prestara oídos, y desde entonces se entró seriamente en materia. Fernando VII nada tenia que objetar á la proposicion de regresar á España, de

volver á subir al trono, de dar una pension á su padre, de conservar todo el territorio continental y colonial de su antigua monarquía, y aun de perdonar á los afrancesados. Su matrimonio con una hija de José le agradaba menos; pero despues de pedir con instancia una princesa Bonaparte, no era tiempo ya de echársela de desdenoso, fuera de que no habia enlace que no estuviera predispuesto á contraer á trueque de recuperar su libertad y su trono. Asi no estribaba la dificultad en la union propuesta, sino en otra circunstancia. Ante sus deslumbrados ojos se presentaba una infinidad de cosas muy apetecibles y muy apetecidas, bajo promesa de concedérselas á condicion de que las Córtes ó la regencia ratificasen el ajuste que se remitiera firmado; de modo que lo que anhelaba ardentemente se hacia depender de una voluntad que no era la suya. Asi lo dijo con franqueza, y muy razonadamente demostró cuánto riesgo corria de no ser cumplido lo que mandara desde lejos. Con tono iracundo habló de las limitaciones que habian querido poner á su poder real ciertos hombres á quienes apellidó facciosos, y dió á entender que despues de los franceses á nadie aborrecia más que á los liberales españoles. Además hizo sentir que el medio mas seguro de alcanzar lo que se queria de España, no era otro que el de enviarle á Madrid, pues así nadie tendria pretesto para negarle obediencia, á la par que ahora podian sus súbditos alegar el cautiverio de Valancey para fingir que no creian lo que se dijera en su nombre. Más de una vez juró por lo mas sagrado que guardaria su palabra como rey, como hombre de bien y como buen cristiano. Luego animándose más y



saliendo de las profundidades de su disimulo, muy al vivo puso de manifiesto su extraordinaria passion por verse libre, por partir, por reinar, lo cual era legitimo á todas luces, y con todas sus fuerzas insistió en que se adoptara su propuesta, por ser la sola que ofrecia probabilidades de buen suceso.

Con todo, siendo las instrucciones de Napoleon muy terminantes, y no quedando mas arbitrio que el de someterse á ellas, se celebró un tratado, segun el cual Fernando VII volveria á España tan luego como lo aceptara y mandara cumplir la regencia. Sus condiciones eran las ya conocidas: integridad continental y colonial de España, restitucion de las plazas españolas, vuelta de las guarniciones francesas, retirada de los ejércitos españoles é ingleses más allá de los Pirineos, amnistia general, pension á Carlos IV. Lo del matrimonio con una hija de José no se estipuló formalmente. Fernando VII afirmó que no contraeria otro si era libre, bien que añadiendo que de esto no se podria hablar hasta que se hallara en su córte.

Firmados estos artículos el 41 de diciembre, aún faltaba saber quién los llevaria á Madrid en nombre de Fernando. Naturalmente indicado estaba el duque de San Carlos, y se convino en que marchára á toda prisa y conservando el más riguroso incógnito al ejército de Cataluña, á fin de adormecer la vigilancia de los ingleses, que se despertara muy mucho de pasar por el cuartel general de lord Wellington este personage. Desde dicho ejército veria la manera de trasladarse á Madrid, y de pasar á Cádiz, si aún estaba allí la regencia, para presentar el tratado y obtener su ratificacion sin demora. El duque de San Carlos debia persuadir á

los súbditos de Fernando VII, trasformados por su ausencia en reyes, á que ante todo pensarán en rescatarle é hicieran á este objeto esencial toda clase de sacrificios. Al mismo tiempo tenia el encargo expreso de no adherirse á la constitucion de 1812, ó de hacerlo, si no hallaba otra salida, con reservas que facilitaran la violacion de los compromisos á que le ligaran aquellos á quienes tildaba de facciosos.

Tomadas estas resoluciones, el duque de San Carlos partió de Valanzey el 13 de diciembre, acompañado de los votos de los principes españoles, que, dando yá de mano á todo disimulo, mostraban una impaciencia casi infantil de verse libres. Tranquilos en punto á las intenciones de Napoleon, consintieron en tornar á ver á los fieles servidores, de quienes al parecer desconfiaron por de pronto, al canónigo Escoiquiz, al secretario Macanáz, á Palafox el defensor de Zaragoza. Lisonjeándose de que éste gozaria de mayor crédito para con los españoles que el duque de San Carlos, pues le debian escuchar religiosamente á no haber perdido la memoria, se le hizo marchar por otro camino con una copia del tratado, á fin de solicitar que fuera admitido.

A nadie sorprenderá saber que Napoleon llevó adelante esta negociacion sin decir palabra á su hermano José, tan prisionero casi en Morfontaine como Fernando VII en Valanzey. No se ha olvidado sin duda que, despues de la batalla de Victoria, se previno á José que se encerrara en Morfontaine, que no recibiera allí á nadie, y que no saliera de aquel punto, bajo pena de medidas rigurosas. Tanto desconfiaba Napoleon de la sangre